

# MANUEL MURILLO.

*Ramon Corrales*

Chaparral, 1.º de enero de 1816.

Bogotá, 26 de diciembre de 1880.

El mérito de los hombres superiores no es proclamado en alta voz sino desde el momento en que sus hechos empiezan a ser una propiedad de la historia. Por desgracia para la imparcialidad humana, ese momento es el de la muerte de aquellos, sea porque no sepamos ser justos sino con los que yá no estienden su sombra sobre nosotros, sea porque nos acallen los aplausos de la inmortalidad, suya desde entónces. Miétras que un hombre grande lucha o se impone en el revuelto escenario del mundo, su talla, roída por sus enemigos i desfigurada por sus émulos, pierde mucho de sus sales formas i de su típica hermosura — principalmente entre ciertas razas, no las más jenerosas desde luego. No sucede eso, empero, en presencia de la muerte: ante ella, enmudecen o se rinden la calumnia, la difamacion i la envidia.

La hora de la muerte es pues la hora *única* de la justicia social plena, porque es tambien la hora de la verdad desapasionada, de la verdad íntegra, hecha

pública i solemnizada, por decirlo así, al golpe eléctrico de una impresion sincera. En ese instante fúnebre nadie hace cálculos, nadie raciocina; decimos más: en ese instante nadie odia, i por eso el *ai* de los que se quedan es la medida exacta de la grandeza moral de los que se van. ¡Sublime i lójica correlacion entre el mérito i el dolor, entre la posesion i la pérdida en el contra-alumbramiento de los séres sensibles!

La sociedad experimenta sólo mui de tarde en tarde estos sacudimientos pavorosos, porque es sólo mui de tarde en tarde ~~que~~ se producen los sabios, los héroes, los escritores i los hombres de Estado, que son los que ocasionan con su muerte un luto jeneral. La razon de esto es mui sencilla: el hombre grande es la propiedad i el orgullo de sus conciudadanos todos, i cuando la Patria lo pierde, es como si perdiera un pedazo de su propio sér i de su propia fuerza. Se estremece porque se siente herida.

Colombia acaba de dar una prueba espléndida de estas aserciones nuestras, con el solemne homenaje que ha tributado al egregio publicista que murió a fines de 1880, varon fuerte de la democracia por virtud de sus capacidades eminentes; i que llamado está, más tarde o más temprano, a resumir en su nombre la época en que figuró i honró a Colombia con su jenio.

MANUEL MURILLO TORO no tuvo honores oficiales en vida, obsequio muchas veces de la adulacion política; pero tendrá pronto una estatua, erijida por la mano del pueblo.

---

Tanto por sus servicios cuanto por el tiempo en que le tocó figurar, MURILLO perteneció a la segunda jene-

racion de la República. Queremos decir que fué posterior, entre los hombres de su clase, a Acevedo, a Camilo Tórrres, a Soto, a Várgas-Tejada &c. i contemporáneo de Vicente Azuero, de José María Plata, de Ezequiel Rójas, de Florentino González, de Lléras i de otros muchos personajes de la escuela liberal, próceres de la empresa de dar a la República el tipo de una democracia digna de los sacrificios que, durante un cuarto de siglo, habia hecho por su independencia i por sus derechos toda la estirpe romana en más de la mitad del Nuevo Mundo. Los hombres virtuosos i abnegados a que nos referimos, como es de histórica notoriedad, se propusieron combatir, hasta vencer, ora las masas obcecadas, ora las individualidades reacias i aun los gremios, educados en la escuela del *Rei*, i fueles preciso entrar en una segunda lucha de independencia, mui prolongada i mui terrible desde luego, pues era intestina i de un órden netamente moral. No se trató en ella de matar la carne sino de convencer el alma; i eso fué jigantesco, pues aunque parecia que se luchaba sólo contra una jeneracion, el combate era a la verdad contra los errores de trescientos años. Sinembargo, los nuevos campeones, dignos émulos de Bolívar, de Miranda, de Nariño, de Santander, de Hidalgo i de Morélos, de San Martín i de O' Higgins, desempeñaron su encargo con habilidad i con vigor. ¡Felices los tiempos i felices los pueblos en donde los hombres tienen entre manos algo que los honre a ellos i que glorifique a su patria, i desgraciados de los que sólo saben entregarse al encontrado ímpetu de sus pasiones, en el frio caos de una dejeneracion visible!

MURILLO, unas veces como soldado i otras como

jefe, fué de ese grupo de héroes de la libertad, i despues de muchos años de servicios a la bandera que siguió desde niño, todos acabamos de verlo morir fiel a su causa i orgulloso de su estirpe popular. El sabia muy bien que venia del pueblo, que pertenecia a los desheredados i a los débiles, i por eso no salió nunca de su tribu, ni tuvo otro norte que el de las masas, de las cuales trajo a la vida pública la lealtad i el esfuerzo. El poder social, que ejerció a manos llenas, no hizo nunca vacilar su credo ni pudo engañarlo al respecto del fugaz brillo de la humana fortuna. Ninguna cumbre tuvo vértigos para él, i eso que trajinó indistintamente la del tribunado i la de la magistratura, detras de las cuales escondia siempre su personalidad para que brillaran sólo sus ideas. En su casa, simple particular, valia mucho más que bajo el dosel del gobierno, porque en ella no lucia sino *él*, sólo *él*; es decir, el gran tipo político de la grande escuela liberal. No de otro modo, el padre de la independenciam norteamericana fué astro de luz propia i de órbita propia en la tranquilidad de Mount Vernon. Tal es el poder del jenio verdadero, que más luce cuanto más sólo está en el seno de su propia grandeza! Washington en la vida privada no era el candidato ni el Presidente de la Union: era el padre de la independenciam americana. MURILLO en su casa era el jefe del liberalismo radical.

En la obra atrevida de liberalizar el espíritu público, MURILLO comprendió, desde el instante mismo en que tomó la pluma para redactar la "Gaceta Mercantil," que no hai revolucion trascendental posible con términos medios ni aplazadas reformas, por lo que fué partidario neto de la federacion i cerró, en liza siempre estrecha,

contra los hombres i los sistemas liberticidas. Eso era, precisamente, lo que necesitaba en esos momentos la causa liberal, pues eran los aciagos momentos en que los caudillos habian venido a ocupar el puesto de los vireyes españoles, i en que la colonia, idos éstos, vivia a hurtadillas bajo el manto de oro de una democracia aparente: MUEILLO i sus jenerosos colaboradores querian que el gobierno fuera fuerte i lejítimo por la intervencion del Pueblo i no por la intervencion de la Autoridad; abogaban por el sufragio como medio de dignificar los empleos públicos, i rechazaban el sistema de nombramientos, obsequio del áulico favor. Asimismo, pedian la autonomia del individuo i de la seccion, en reemplazo de los comisarios del centralismo i de los senados-consultos de los consejos de Estado. Encaráronse, en consecuencia, con la gran síntesis conservadora, llamada la Constitucion de 1843, i pidieron la abolicion de la esclavitud, la libertad de la espresion de la conciencia i del pensamiento, el anatema contra el cadalso, la equidad en los impuestos, la descentralizacion de las rentas, las enseñanzas filosóficas en reemplazo del escolasticismo i el ensanche del poder municipal, como preparacion del réjimen federativo. Es verdad que nada de eso era nuevo para los colombianos, pues de todo eso se venia hablando i por todo eso se venia trabajando desde 1810, aurora de nuestra nacionalidad; pero los tiempos a que nos referimos eran de reaccion práctica; todas las corrientes jenerosas estaban paralizadas, i eran otras las intenciones i otros los actos que dominaban. El liberalismo, si no letra muerta por completo, lo era sí de escándalo desde el fallecimiento del jeneral Santander i la alzada incipiente de 1840. Muchos eran

entónces los altivos cuellos que habia cortado la segur de la legitimidad, i pocos los ánimos que no se sentian abatidos en vista de un desastre absoluto.

Nada tenian, por ende, de propicios los momentos para empezar el denodado combate contra los poderes oficiales, avezados i avigorados en el ejercicio del mando, i más que engreidos con un triunfo que parecia ser de naturaleza secular. Ese triunfo estaba simbolizado en un sable que se hacia colgar o se colgaba él mismo en las puertas del palacio nacional, cada cuatrenio, si no como una amenaza si como una advertencia a los pueblos. Sobre la losa mortuoria, salpicada de sangre i de lágrimas, puesta en la tumba del partido liberal, se alzaban los trofeos del Gobierno de los *doce años*, junto con los jueces de imprenta, la lei de medidas de seguridad i el hacha del verdugo. I ningunos de esos eran vanos símbolos!

No se podia pues desafiar el poder del partido conservador de entónces, sino estando uno loco o sintiéndose apóstol. MURILLO i sus patriotas compañeros, todos civiles, cayeron como héroes de epopeya sobre aquella montaña de la flaqueza doctrinaria, enjendro del pasado i del miedo, i la redujeron a polvo. No de otra suerte batallaron los semidioses enfurecidos, ni se alzaron los Gracos. El corazon de la República, exánime hacia mucho tiempo, volvió a reanimarse; volvió a encenderse el apagado espíritu público, i lo que para los unos fué el crimen del 7 de marzo, fué para los otros el renacimiento del partido liberal transfigurado. El gigante no estaba muerto: habia quedado aturdido, no más, por los golpes de cíclope que le habian dado sus enemigos vencedores, i en esa fecha se puso de pié, armado como

una nueva Pálas. Pálas no de los combates sino de las ideas.

Nada más bello que el poder moral libertador, i la fuerza bruta, la fuerza plutónica no tuvo nada que hacer entónces en servicio de la causa del pueblo. Los laureles de Téscua, de Aratoca i de Buenavista hubieron de palidecer i de deshojarse ante el empuje de esos invisibles agentes del progreso humano, máquinas de guerra de la civilizacion, llamados *principios*, cuya capacidad arrolladora, en lugar de poner yugos de hierro a los vencidos o de echar sobre ellos la túnica de los ajusticiados, torna en ánjel al autómeta e irradia sobre él las claridades de la convicción. A diferencia de la fuerza, la Idea hace convictos i no víctimas.

Esos peligros i esas glorias, esa grandeza de batallar i esa novedad de caudillaje, merecieron sin duda mil i otras mil recompensas; i si el doctor MURILLO las obtuvo; quién hubiera podido disputárselas? Si fué ambicioso, estuvo en su derecho, porque estaba tocado de la grande i no de la pequeña ambicion. Quería, como el águila, la tempestad e iba en contra de ella, porque la ambicion era en sus manos un tridente i no una librea con que cubrir el exiguo esqueleto de una nulidad insufrible. En el ejercicio del gobierno nunca fué vanidoso, niño, ni ridículo, i ménos desde que su alma, al principio anhelosa, se fué templando en el fino crisol de los años hasta hacerse severa en la más voluble de las democracias conocidas: la latina.

Como Washington, MURILLO “poseía en grado superior las dos cualidades que, en la vida activa, hacen al hombre capaz de cosas grandes: confianza firme en su opinion i resolucion para obrar de conformidad

con ésta, sin miedo a ninguna responsabilidad." (1) Tampoco mortificaban a MURILLO los sucesos felices de sus copartidarios; al contrario, "cuando el bien público lo aconsejaba, les ofrecía jenerosamente la ocasion i los medios de alcanzarlos. Desinteres admirable! raro hasta en las almas más grandes, hermoso en medio de las envidias de una sociedad democrática, i que, quizá, se unia en él a una profunda tranquilidad interior, al respecto de su superioridad i de su gloria." (2) No fué pues mezquino, i se le vió rodearse siempre de los primeros hombres de su tiempo. Para brillar, queria la competencia i no la oscuridad, i se hubiera creído en ridículo haciendo el papel de gigante entre enanos. MURILLO no habria mandado jamas segar las adormidcras altas, para dar grandeza aparente a las pequeñas.

Entre todos los hombres públicos de Sur-América, MURILLO es, acaso, el primero que ha bajado al sepulcro satisfecho de dejar su obra en pié, robusta i viable. Permita el cielo que este sea, siempre, el galardón de todo servidor eminente! Bolívar mismo, en el ocaso de su estupenda carrera, ocaso que fué tambien el de su vida, no tuvo en su postrer instante sino el dolor del proscrito en su propia patria i las amarguras del arrepentido épico. Muchos héroes, muchos estadistas, muchos lejisladores, han muerto mostrando el puño, amenazante aún, a las dificultades que no les fué dado vencer. MURILLO nó; MURILLO acaba de cerrar los ojos de la vida terrenal en medio de todos sus triunfos, erguidos todavía; i si, como Chatham, no exhaló su último suspiro sobre la tribuna del parlamento, ha muerto Sena-

(1) Vida de Washington.

(2) Vida de Washington.



dor, como los varones romanos. Muerte honrosa, muerte de hombre firme. ¿En qué otro puesto debió morir el que solo alentó para la República? Fuera de la política, MURILLO no tenía horizontes ningunos, i su sudario no debía ser otro que la toga que se habia ceñido tantas veces. Aunque su grito de guerra no fué *Dio e popolo*, como sí lo fuera el de Mazzini, su tenacidad política era igual a la de aquel ilustre italiano.

Hubo un dia en que se llamó a Santander el Hombre de las Leyes. Vendrá tambien otro en que se llamará a MURILLO el Hombre de las Instituciones. Ganado tiene ese título con sus esfuerzos fundamentales en servicio de la libertad, i lo que es justo no se hace esperar. Al recuerdo de Bolívar está unido, i lo estará en la sucesion de los años, la fundacion de nuestra nacionalidad, i al de Santander, la creacion de nuestra administracion pública (1). Pues bien, al de MURILLO se unirá, bien pronto, el del establecimiento de nuestras libertades. Si Nariño denunció a Colombia los derechos del hombre, MURILLO los hizo incrustar en nuestra lejislacion; i si los republicanos de 1811, con el inmortal Camilo Tórres a su frente, proclamaron la federacion, MURILLO la hizo introducir en las instituciones. Para él, la más clara espresion de la república estaba en la autonomia del

(1) El jeneral Santander fué el organizador de la república de Nueva Granada. A él se debe la creacion de muchas escuelas, colejos i universidades; a él, la creacion de la prensa oficial de las provincias, la formacion del censo de poblacion i los primeros trabajos estadísticos del pais; la liquidacion i reparto de la deuda pública entre las tres secciones colombianas, la disminucion de la fuerza armada i la supresion de la marina de guerra — que entre las dos se absorbían, como hoy, la mitad de las rentas; a él, la reintegracion del territorio nacional por el lado del sur, i la severa represion del espíritu sedicioso. Para hacer el elogio político del jeneral Santander, bastaria recordar que puso al frente de la hacienda pública al doctor Francisco Soto.

*individuo* i en la autonomia del *Estado*; todo lo demas le parecia secundario. I es verdad que la república del siglo XIX, bien desemejante de las repúblicas antiguas, está basada en el modelo norte-americano: el hombre libre en el Estado libre. Esas dos autonomias serán el único criterio político del porvenir.

Sinembargo, MURILLO, más especulativo que práctico, no se ocupó de dar vida propia i fuerza propia a los Estados, i se contentó con verlos constituidos sobre el papel oficial, símbolos de doctrina i no *hechos*. Cuando en 1860 la Italia de hoi era la Lombardía, los ducados de Parma i de Módena, el Gran ducado de Toscana, los Estados del Papa, el Reino de las Dos Sicilias i Venecia— todos países aislados i débiles — i cuando Roma, metrópoli del orbe cristiano, no era aún la capital de un reino sino la vieja capital de los pontífices, Metternich dijo con mucho acierto que la histórica península no era sino *una simple espresion jeográfica*. Tambien entre nosotros, eso que llamamos los Estados no son todavía sino otras tantas espresiones jeográficas, cubiertas con un aparente manto constitucional. Grupos embrionarios, con superabundancia de elementos burocráticos, si se quiere, pero sin nada de lo que constituye, en realidad, un poder político efectivo. Ninguno de ellos tiene vias de comunicacion, ninguno de ellos tiene rentas, ninguno de ellos tiene a su cargo, siquiera, los veneros de sus propias riquezas. Hoi mismo, despues de un cuarto de siglo, los Estados Colombianos poseen sólo una carta de soberanía, ménos eficaz, por la debilidad i por la pobreza en que están, que la de libertad que se daba antiguamente a los esclavos manumitidos. No son pues países confederados para su felicidad, ni hijos emancipados

que, por edad o por capacidad, hayan entrado en el manejo de su propio sér, sino entidades tenedoras de un vano título, que Dios no quiera sea roto por la mano del descrédito o por la de alguno de los hombres de fortuna, tan ciegos a veces como el hado que los encumbra.

Sin embargo, no hacemos de eso un cargo a MUELLLO. Quizá dejó él esa segunda parte de la obra al cuidado del tiempo i de la lójica misma del sistema. Quizá creyó que lo más urgente era crear el *derecho federal*, i esperar a que éste, por sí mismo, se abriese paso al traves de toda resistencia, como el marino que pone a flote su nave i confía en que el viento i las olas hagan lo demas.

Por otra parte, no se organiza una nacion con la facilidad con que se traza un plano. Ninguna jestion es obra de momento, i los federalistas de 1811, mui capaces sin duda, obraron como él. Además, si todo se hiciera en un dia ¿cuál seria la labor de las jeneraciones en renuevo? La primera época federal de los Estados Unidos del Norte, fué una época de trabajos i de anarquía, porque los Estados confederados eran débiles i pobres. La deuda pública era de ciento ochenta millones de pesos fuertes, i la Union no pagaba el capital ni los intereses; las constituciones políticas de los Estados eran no sólo desemejantes sino contradictorias; el sufragio público, basado en la renta, estaba mui restringido; no habia tolerancia relijiosa; el pais se hallaba agotado, esto es, sin rentas i sin crédito; las contribuciones eran desiguales; no habia nacionalidad, pues los simples “Artículos de Confederacion” no eran ni una fórmula política ni un sistema, i el Congreso era una sombra. Mas, el patriotismo i la razon, encabezados por Madison, por Jay i por Hamilton, triunfaron de la anar-

quía i de las preocupaciones, i el pais cojió al fin el camino del órden i de la prosperidad, que es el buen camino de los pueblos. Ese buen camino es el que lo ha hecho, en ménos de cien años (la Constitucion norteamericana data de 1787) la primera nacion de la época.

Hai, pues, necesidad de que nosotros, en lugar de reaccionar, como los que no aplican al exámen de la cosa pública sino lentes pequeñas i opacas, accionemos como lo exigen yá nuestra virilidad i nuestra esperiencia. ¿ Por qué han de faltar a Colombia hijos suyos, patriotas o estadistas, capaces de ponerla en el buen camino? ¿ Por qué, si los que yá fueron, la organizaron en teoría, los que son actualmente o los que serán mañana, no han de poder organizarla i perfeccionarla en la práctica? No necesitamos de promesas ni de frases; necesitamos de *obras*; i si hai algo urgente en la actualidad es quitar a los Estados la librea, no siempre de gala, con que los visten el Poder Ejecutivo o los partidos en favor.

X Tampoco percibió MURILLO lo bastante que en los países nuevos i atrasados, uno de los cuales es el nuestro, el Gobierno es el que debe dar impulso al progreso material - industria i mejoras - como da el impulso político por medio de la administracion i el filosófico por medio de la enseñanza. En una nacion que empieza a vivir i que se halla entre tinieblas, torturada por los Andes, como el sacerdote de Virjilio por las serpientes monstruosas, i que está separada del mar, lazo de las castas i del comercio, por deletéreas i vastas rejiones, no debe dejarse el desarrollo de la civilizacion al simple correr del tiempo ni al esfuerzo individual aislado, i por lo mismo débil. En los países de la América que fué española, hai que hacer *oficialmente* el progreso, como

el gran colonizador del siglo — el inglés — lo ha hecho en el Canadá, en la Australia i en la India. Nuestra emancipacion de la miseria es de tanta urgencia como cualquiera otra de las emancipaciones necesarias a las sociedades esclavas, ya que ser víctima del hambre es tan oprobioso como serlo de la barbarie ruin o del despotismo. La civilizacion en el Nuevo Mundo hai que imponerla como fueron impuestas la independendia i la libertad ; i por lo mismo, esa tarea está, de hecho, encomendada a los gobiernos, que son la suma de fuerzas única capaz de realizarla. Hai que librar grandes batallas administrativas en favor de los canales, de los ferrocarriles, de los telégrafos, de los puentes, de las carreteras, de los diques, de la inmigracion i de toda fuente de riqueza social, en la paz, como las que se libraron, en la guerra, en servicio de nuestra nacionalidad. El siglo en que vivimos, siglo de Fulton i de Morse, es el siglo de la INDUSTRIA, i no marchar con él, es ir fuera del itinerario de la civilizacion. Es tiempo yá de poner el oido, no a los ruidos políticos i literarios de las sociedades envejecidas en el pensamiento i aptas para las abstracciones morales, sino a los ruidos del vapor i de la electricidad. El progreso social tiene una escala, i las letras, en todas sus manifestaciones, no han estado nunca en el pié ni en el medio de esa escala, sino en la cumbre. Cuando una sociedad libre sabe ganar su pan de cada dia, empieza para ella, sin trabajo i sin que ella misma lo perciba, la época oportuna de los grandes desarrollos del espíritu i de su filiacion entre los pueblos sabios. Miéntas tanto, le es preciso desarrollarse, crecer, i no limitarse a celebrar una simple anticrêsis con los empleados o con los partidos políticos, abandonándoles el

tesoro público por el torpe solaz de vérselo consumir sin provecho. Hai que dejar la logomaquia del progreso i entrar en el progreso mismo.

Como orador, MURILLO no tenia la pompa de los declamadores, no hacia frases, ni confundia la tribuna política con el coturno. En sus discursos, en lugar de palabras habia ideas, i en lugar de follaje habia frutos: los frutos de la doctrina i los del talento. Hablaba como hablan los estadistas; esto es, con el pensamiento i no con los labios, i se dirijia no a los oidos sino a la intelijencia de los circunstantes. Raciocinaba i no deleitaba, pues no era gárrulo en el decir. Escucharlo, equivalia a leer un libro clásico; i como tenia la audacia i el nervio del tribuno antiguo, fué en los congresos uno de los hijos mimados del suceso asombroso. Con todo, no fué la elocuencia oratoria el arma favorita de MURILLO: su verdadera espada de combate, i espada invencible, fué la prensa, la que dominaba i con la cual dominaba por la claridad de su estilo, la novedad de sus pensamientos i la majestad austera de sus decisiones. Como escritor político, MURILLO era un *impresionador* en grado eminente, dote necesaria a todo innovador social; pero no un simple impresionador, un impresionador de momento, sino estable, persuasivo i revolucionario. Tenia el dón de saber entrar i de saber mantenerse en la escena, como tenia tambien, en sus luchas de todos los dias, el de campar hasta en los asuntos más escabrosos. Lo que otros miraban como absurdo, como estemporáneo o como quimérico, solia él aceptarlo con entusiasmo, al abrigo de alguna teoría

absoluta — de las que era amante; i sabia hermohear cuanto queria imponer a los demas. Desde ese punto de vista, MURILLO era una sirena. Habia ocasiones en que desplegaba tanta habilidad, que daba al cobre el brillo i el valor del oro, i otras en que, por contra-golpe, quitaba al diamante sus más limpias aguas. Conoció desde los primeros momentos de su vida pública que la prensa era, en política, la palanca de Arquimedes i se dió a ella, como se daba el heroico caballero de la Mediaedad al continuo ejercicio de las armas. He ahí por qué fué siempre periodista. Tenia, ademas, el jenio i la gracia que requiere el oficio. Nunca pues hubiera dicho lo que Manuel dijo a Benjamin Constant, cuando el sayon arrancó a aquel de su asiento i lo sacó fuera de la Cámara: “ Vos teneis una pluma, pero a mí ¿ qué me queda ? ”

Lo mismo que Laboulaye, MURILLO no concebía, sin la prensa, la existencia del gobierno representativo, ni de la libertad. I tenia razon: “ Como los antiguos no tenian a su disposicion mas que *la palabra*, la opinion pública no podia manifestarse fuera del foro, i el gobierno representativo se les hizo imposible. En Inglaterra, el Parlamento, salido del réjimen feudal, fué siempre tan insignificante como los Estados jenerales, hasta el dia en que la prensa llegó a ser una potencia. Montesquien, al pasar por Lóndres a principios del siglo XVIII, vió — i lo dice con sorpresa — a un albañil que leía la Gaceta en un tejado. Todo el réjimen político de las sociedades modernas está, sin embargo, en ese hecho insignificante. Si se suprimiera el Diario, los diputadas hablarían en el vacío i el sistema parlamentario no sería sino una irrisión. La libertad antigua cayó el dia en que el foro quedó

silencioso; la libertad moderna desaparecerá con la libertad de la prensa. Un extranjero, al entrar en un tribunal inglés, dijo a lord Mansfield: 'Milor, juzgais en la soledad.' 'Os engañais,' respondió el lord; i al designar con el dedo a un periodista que tomaba notas respecto de lo que hacia el tribunal, añadió: 'la Inglaterra está allí.' Gracias a la imprenta, los paises se gobiernan por sí mismos, i la opinion es la soberana del mundo." Apoyado en razones iguales a esas, MURILLO decia que, en Colombia, no podia existir el partido liberal sin prensa intelijente.

MURILLO se apasionaba fácilmente de todo lo que era nuevo i los publicistas franceses le encantaban. Empero, en ocasiones solia volver hácia atras i desenterraba errores, yá caducos, los cuales pretendia que fuesen aplicados como reglas infalibles de conducta. Se le vió, por ejemplo, alguna vez preconizar la doctrina, simplemente económica, de la escuela de Gournay, de *dejad hacer, dejad pasar* (libertad de trabajo) hasta el punto de quererla como regla única o absoluta de la administracion pública i del progreso social, a tiempo mismo que se ocupaba de que la lei fijase el cánon del dinero en los préstamos. Sostenia, como algunos otros, que la sociedad es responsable, en primer grado, de los delitos que se cometen en su seno; pero queria que la educacion pública corriese a cargo esclusivo de las familias, i no era amigo de las universidades. Respecto de las mejoras materiales hacia una escepcion, no por doctrina, sino por un sentimiento de amor propio ofendido, pues lo mortificaba el atraso del pais. Estableció por eso el telégrafo, cuando los *espíritus fuertes* de nuestra degradacion i de nuestra miseria lo combatian con argumentos



iguales a los que se han empleado posteriormente contra los ferrocarriles. Sin embargo, su interés i su amor no estaban sino del lado de las instituciones.

Esos choques o contradicciones de que, a las veces, daba muestras, no eran una peculiaridad suya, pues son propios de todas las inteligencias no ordinarias, i en el jeneral Mosquera fueron frecuentes. Además, MURILLO obraba así por dos razones: la primera, haber sido muy sensible a la aura popular, la que buscaba siempre con ansia, i el no haber alardeado de ser filósofo, ni estoico. Hai quienes opinen que esa era una debilidad de su carácter; pero otros creen que en eso estaba el principal resorte de su fuerza, ya que ciertos políticos, a semejanza de lo que dice Horacio de los poetas i de los pintores, osan atreverse a todo. Sin embargo, esas oscilaciones de la conducta pública de MURILLO, versaron sobre puntos de una importancia subalterna i acaso controvertible; i nunca se le vió pasar de una escuela a otra escuela, ni de un partido a otro. Jamas vivió la vida que nutre el pasajero favor de los círculos, sino su propia vida, que era la de sus convicciones. No fué hombre de equilibrio, ni de aquellos pretendidos servidores del *justo medio*, quienes no alcanzan sino el favor mediano. Además, como todos los políticos de fuerza, MURILLO no podía estar i no estuvo nunca en eclipse, pues cuando no empuñaba el cetro del poder, cojía a dos manos el de la prensa, i en ella era árbitro. Su propio valer era su luz; i, enemigo de la política de Focion, si no era el más fuerte, desdeñaba ser sólo el amigo del más fuerte.

La segunda razon fué que MURILLO solia ser tribuno en el bufete i hombre de Estado en las asambleas

deliberantes, trocando los frenos segun queria dar o contener el impulso público, pues no era inflexible sino cuando se trataba de ciertos principios políticos. Se le acusa de haber aconsejado el 10 de octubre como liberal i de haberlo condenado como juez. En 1854 se opuso a la dictadura del jeneral Melo, i despues del 4 de diciembre abogó por el perdon de aquel soldado sin fortuna. Tambien, se dice, lanzó el *alea jacta est* contra el Presidente Ospina i no concurrió al campo de batalla. Estas contradicciones, mas aparentes que reales, no deben ser estimadas de un modo absoluto sino relativo, habida consideracion a lo que los lójicos llaman circunstancias de *lugar*, de *modo* i de *tiempo*. Ademas, no es dado a todos los hombres públicos ser, como César, buenos escritores, buenos oradores i capitanes.

Un año ántes de la declaratoria de la independendencia americana, Washington escribió al capitan Mackenzie: "Os hacen creer que el pueblo de Massachussets se ha insurreccionado para conquistar su independendencia. Permitid que os diga, querido amigo, que estais engañado, groseramente engañado. Puedo aseguraros que la independendencia no es el *deseo* ni el *interes* de esta colonia, ni de ninguna otra de Tierra firme, separada o colectivamente." ¿Hubiera sido justo acusar, por esas líneas, de *inconsecuencia* al jefe de los independientistas norteamericanos? Nó; dos opiniones encontradas pueden ser ambas sinceras segun las circunstancias que medien entre ellas; i si Aristídes lleva aún la palma de la honradez en el mundo político, débese eso á que se inclinó siempre delante de lo justo i no de lo útil. Por lo demas, la historia tendrá mui presente que el *alea jacta est* de MUELLER no fué sino el aviso de que el Presidente

Ospina habia pasado el Rubicon contra los Estados y contra la lei, i que era natural que el pais se levantara.

He aquí las famosas palabras del doctor MURILLO, tan incisivas respecto de la situacion, como modestas respecto de su persona:

“La guerra *está* declarada: el círculo del Gobierno *no quiere* la paz. La Cámara de Representantes ha negado ayer cuantas combinaciones presentó la minoría liberal para rescatar pacíficamente el derecho de sufragio, que es la garantía del sistema i de las libertades públicas. . . . La lei de elecciones (1859) era un guante arrojado con insolencia por el partido proscriptor a la cara de su adversario; pero éste no se inclinó a recogerlo: alzó el grito contra la lei, protestó contra ella; pero la dejó cumplir, i esperó! . . . . .

“Esperamos que la Nacion nos haga justicia: hemos hecho cuanto ha estado de nuestra parte para asegurar la paz por medio del derecho: hemos discutido hasta la saciedad: hemos pedido humildemente el respeto a la Constitucion; i si todos nuestros esfuerzos han encaillado en la ciega obstinacion i en las interesadas miras del círculo oficial; i si, *de ahí*, van a surgir nuevas i desastrosas uchas *porque* haya hombres de brios que no se resignen a una proscripcion a que acompaña la burla, demasiado sabe la Nacion *a quién* debe exigir la responsabilidad. Nuestra tarea como hombres meramente civiles, por ahora i sobre este punto, *ESTÁ CONCLUIDA*. El debate pasa a otro campo i exige yá una solucion que no es de nuestra competencia. Que Dios salve la República será el único voto que nos será permitido espresar. *Alea jacta est.*” (1)

(1) “El Tiempo,” número 277 - abril de 1860.

Léjos de ostentarse sectario hosco i de hacer alarde de un puritanismo antipático i hasta tonto con sus adversarios políticos, MURILLO tenia la bella cualidad de saber separar lo que era netamente de *partido* de lo que era estrictamente *social*, i gastaba con toda clase de personas una atrayente i nunca forzada urbanidad. Bien sabia él que Caton no habia sido dueño de los destinos de Roma por su humor intratable. Atemperraba a sus enemigos i a sus émulos, respetándolos o haciéndoles una relativa justicia; i en cada cuestion no veia, como no debia ver, sino lo sustancial i despreciaba los detalles.

Tenemos a la vista una carta suya, escrita en Nueva York — 1.º de julio de 1863 — en la cual nos decia :

“ Yo creia que el jeneral Mosquera seria nombrado primer Presidente constitucional, pero si así no fuere i se me hace el alto honor de llamarme a esa posicion, iré con la misma decision i el mismo espíritu con que iria a servir en cualquiera otro puesto, con tanto celo como honradez i fidelidad a la causa republicana. Incontrastable sobre los dogmas fundamentales de nuestro programa, pero induljente i tolerante en lo demas. Aspiraré a hacer allá lo que Jefferson hizo acá: ahogar para siempre el espíritu liberticida i centralista, i afirmar la autonomia seccional i las libertades individuales. Aplicaré todas mis facultades a consolidar la obra de mis amigos políticos, a cerrar la éra de las violencias, que se llama *guerra*, i a abrir la del reposo i del progreso, amortiguando, al interior, los odios i cultivando, al exterior, relaciones fundadas sobre el más escrupuloso respeto al derecho público.

“ Creo que eso es lo que ustedes desean; i no cabe

duda que si me han designado por candidato en virtud de mis antecedentes, me encontrarán siempre consecuente, i ántes víctima que victimario, ántes perseguido que perseguidor.

“ Mi eleccion a la primera magistratura servirá del más noble estímulo a todos los que sirven a la República, pues se verá que es posible llegar a los más altos puestos, aun naciendo pobre i sin ceñir espada, si se sigue invariablemente un programa de conciencia, sin titubear por ambicion, sin quejarse de ingratitudes (las mas veces nacidas únicamente de nuestra presuncion) sosteniendo francamente lo que es justo i verdadero, sin estar mirando si la opinion aprueba o nó, i sirviendo sin pensar en el salario.

“ Mi eleccion inmediatamente despues de una guerra que ha ilustrado tantos nombres, con tantos jefes militares en nombradía, tras de un jefe como el jeneral Mosquera i hasta estando yo ausente, probará cuán grandes progresos ha hecho la libertad civil i la confianza del partido en su fuerza moral. I puedo asegurar a usted que esta significacion es la que más celebro. Mucho me agradaria el restablecimiento de “ El Tiempo ” o la fundacion formal de un periódico, que bien al corriente de la filosofia de nuestras doctrinas, las inculque constantemente. No puede haber partido liberal sin prensa intelijente. Trabaje en eso que la prensa no es ingrata.”

Hemos compulsado esa carta, porque ella, mejor que nuestras palabras i nuestros juicios, pinta al grande hombre que nos ensayamos en bosquejar. MURILLO no era, pues, de aquellos de quienes alguien ha dicho que, debiendo lo que son a la libertad, se empeñan sólo en ser amigos de la servidumbre.

Otro de los rasgos notorios del carácter del doctor MURILLO, fué su benevolencia, oficial i privada, en asuntos o materias relijiosas. Nunca se le vió disgustarse porque sus conciudadanos adorasen a Dios de este o del otro modo, i casi puede decirse que su intervencion en esa materia delicada, cesó por completo desde que, en 1853, se independizó la Iglesia del Estado. Los cultos i las creencias los referia MURILLO, i con razon, al campo de la filosofía, como medio o término de una perfectibilidad moral relativa, i nó al campo político, de ménos elevacion i de intereses más pasajeros. Bastábale que los asociados fueran cristianos, como prenda de la moralidad e ilustracion de éstos, i gustaba de que los hombres se inspirasen por sí mismos en todo aquello en que la intervencion estraña es, sin duda, una tiranía más o ménos velada. No gustaba de la intolerancia de los creyentes ni de la de los incrédulos, como tampoco de que el poder público fuese propagandista. No ajitó pues nunca, de buena ni de mala fe, el pendon de lo que entre nosotros se ha llamado la *question relijiosa*, ni aceptaba sectarios disfrazados de políticos.

En punto a valor civil, MURILLO era un héroe. Habría ayudado a Ciceron en sus luchas contra Catilina, i de ninguna manera lo habria acompañado a hincarse delante de César. De nuestros militares, unos lo seguian i otros andaban siempre quejosos de él, pero ninguno puso en duda su superioridad, i, llegado el caso, todos le obedecieron i le respetaron.

Se le acusó de no haber abrigado en su pecho el ardor marcial, que tan de buena lei como de buen recibo es entre nosotros; pero esa no puede ser una censura. MURILLO no vino al mundo para las batallas de sangre

sino de ideas, i se bastó a sí mismo en la senda en que lo colocaron sus claros destinos. Se habria reido del que le hubiera presentado la espada de Caton en un dia de luto de la República; pero habria sabido esperar como Pelayo, i habria contribuido con el mejor óbolo de su bolsa para la fundacion de Liberia sobre las costas del Africa abrasada. Era porque, como todos los apóstoles, creia en la fuerza de su mision; era porque tenia fe en la doctrina; era, en fin, porque sabia creer i esperar. I tenia razon. La democracia de hoy, así como no es la democracia del ostracismo ni de la cicuta, tampoco es la de los suicidas: es el sistema de todos i para todos, el cual, si tiene el dolor de las caidas, tiene tambien el desahogo de la lucha moral i el placer inefable de los desquites. MURILLO en la desgracia política no se suicidó; ántes bien, de la raza de Anteo, solia cegar a sus contrarios, arrojándoles a la cara el polvo mismo en que éstos pretendian abatirlo!

Sus estudios, en lo jeneral, no fueron serios, i por lo mismo fueron inferiores a sus talentos, bien por falta de amor a otras ciencias distintas de las políticas, bien por la persuasion—que acaso tenia—de que los repúblicos necesitan poco de la alta sabiduría. Las ciencias caminan siempre despacio; el sentimiento popular i la ambicion política caminan siempre aprisa. Ningun tribuno ha sido académico. MURILLO no dejó, pues, sino memorias oficiales, mensajes ejecutivos, panfletos de ocasion, discursos parlamentarios, artículos de prensa i protocolos—muchas de estas piezas de primer orden;—pero en donde está el mejor de sus laureles es en una multitud de leyes, de grande importancia política i social, las cuales autorizó con su firma. Hecho que revela

su poder o su influencia en el momento de expedir esas leyes, pues las autorizó como secretario de Estado, como presidente de alguna de las cámaras, o como jefe del gobierno.

Como primado de la escuela radical — título con el cual acaba de entrar en la inmortalidad colombiana — creía que se debía vulgarizar todo i andar de carrera en las reformas, sin trepidar en presencia de las dificultades. Esperar era para él perder un tiempo precioso i retener, indebidamente, lo que se le debía al pueblo de libertad i de derechos. Así como Bolívar zarpó un día de Los Cayos sin exámen previo de sus fuerzas ni de sus recursos, así zarpó MURILLO de la prensa hácia el Ayacucho de nuestras públicas libertades. Esa audacia, coronada por el buen éxito, fué la que lo hizo hombre grande. Sin ella, acaso le habria faltado al partido liberal el mejor de sus caudillos cívicos. Esa audacia fué tambien la que lo hizo la primera figura del gabinete de la Administracion López i una de las primeras ilustraciones sur-americanas. Hombre de verdadero mérito, no engañó nunca a sus admiradores.

Nacido para las luchas i las tempestades de la democracia, como nace el alcion para la borrasca, no hubo momento en que no se ocupara de la política. Los debates de la prensa, el calor de los parlamentos, la alza i la baja de los partidos, dentro de la patria i fuera de ella, fueron el todo de su vida. Hasta en los instantes más aflictivos i difíciles, alentó sólo para la cosa pública, i sus ojos no supieron mirar hácia otra parte que hácia la política. Como Platon, tenia su república en la cabeza, i veia al hombre tal cual Dios lo habia hecho i no tal cual lo habian degradado los des-



potas. Creía que bastaban las simples palabras de la lei para hacer a éste feliz i para hacerlo ciudadano. Ese podia ser un falso supuesto, pero era un supuesto jeneroso.

Pensaba que para redimir a los pueblos de la lepra miserable de la tiranía, bastaba mandarles que se levantasen i que anduviesen, como a Lázaro; i nunca vió en el látigo, en la cadena, ni en la horca los símbolos de la redencion de la humanidad. Por el contrario, el empleo de todo eso no era para MURILLO sino una de las muchas causas de la caída moral del hombre. MURILLO odiaba la violencia, i si hubiera tenido el poder de Dios, ántes de decir *hágase la luz*, habria dicho *hágase la libertad!*

---

Si hubiere quienes creyesen que MURILLO pudo hacer más de lo que hizo o hacerlo de un modo mejor, i que nos hemos escedido en su ELOJIO, el campo está ahí libre para los que quieran completar su obra. Nosotros creemos que él llenó bien la mision que se impuso, i si no entramos en demostraciones ni en detalles, es porque ni escribimos la crónica de su vida, ni juzgamos a otra luz que a la de nuestro propio criterio. Ojalá que sus hechos i que su ejemplo sean imitados por los hijos de las jeneraciones por venir, pues, aunque no siempre todas las épocas tienen la fecundidad i el estímulo que tuvo aquella en que él figuró i se elevó, nunca faltan, en un país libre, en *qué* i en *dónde* hacer lucir un talento preclaro, una virtud activa i una voluntad jenerosa. Las grandes causas ayudan mucho a los hombres eminentes, pero tambien los hombres eminentes suelen levantar esas causas, cuando éstas están caídas. En las

repúblicas, más que en otras formas de gobierno, cada día trae un afan nuevo. Si unas veces se vela i se trabaja por crear, otras, la delicada tarea consiste en conservar lo creado, a fin de que no sean menospreciadas las leyes, de que no sea interrumpida la paz, de que no se aumente la miseria social, de que no se relajen las costumbres, de que no se extravíen los ánimos, de que no se amengüen los caractéres, de que no sea desviado el espíritu público ni se desmoralice el Gobierno. Pues bien! cualquier afan de esos, o parte de ellos, o todos juntos, basta i sobra para que se despierte el jenio del patriotismo, para que se pongan a prueba las capacidades i las virtudes de los ciudadanos, i para que surjan nuevos tribunos, nuevos estadistas i nuevos obreros. Muchas veces no viene la ansiada luz de los rayos del sol, sino de la chispa del pequeño i vil pedernal. No podria decirse que falte labor a las sociedades sur-americanas, ni que éstas puedan resignarse a tener hombres grandes sin grandeza, héroes sin hazañas, lejisladores sin ciencia, profetas sin mision, aristarcos sin virtud i gobernantes sin mérito. No, la democracia no es una comedia para que los ciudadanos se disfrazen de lo que no son, i tomen en serio unos honores i unas insignias que no han sabido ganar. La máscara no imprime carácter, i todo laurel usurpado es laurel de ceniza. De nada habrian valido a Demetrio sus trescientas estatuas, hoi todas ellas polvo, si él no hubiera sido un célebre orador i un distinguido gobernante. La gloria no respeta el bronce de la fortuna, sino el bronce del mérito; i bien sabemos todos que la señora del mundo cayó por el suelo el dia en que los Gabinos i los Celios, los Hortensios i los Filipos, fueron grandes sólo por su habilidad en la danza

i por los ricos viveros que poseian. Tácito no hubiera comparado a Roma con una cloaca, si ella no se hubiera envilecido.

Una de las fazes de la verdadera grandeza de MURILLO es haber bajado al sepulcro sin haber arrancado a sus parciales veredicto oficial de ninguna clase, como yá lo hemos dicho. MURILLO no pensó nunca en eso porque nunca desconfió de la posteridad, ni quiso otro juez de sus acciones que el tiempo; i, aun cuando sus compatriotas, por cualquiera razon, buena o mala, no lo hubieran honrado cruzando por dos veces su pecho con la banda tricolor, él siempre habria sido uno de los primeros hombres de su pais, pues cuando vistió la túnica consular, hacia mucho tiempo que arrastraba la de Plutarco. Por qué? Porque todo lo bueno i todo lo trascendental que hizo MURILLO por su patria, no lo hizo como Presidente, sino como CIUDADANO; no en el poder, sino fuera de él; no con decretos, sino con doctrinas. No seremos, pues, nosotros los que digamos que fué en la magistratura donde brilló más i en donde más hizo. Esto, tal vez, no será comprendido bien ahora; pero lo será cuando Colombia, engrandecida por el trascurso de los años i por la providencial lei de la civilizacion, tenga mejores jueces que nosotros, i no vea la grandeza de sus hijos — como no debe verla — en los empleos que ellos desempeñaron, sino en el influjo que tuvieron en las diferentes evoluciones filosóficas, políticas i económicas del pais. Esas evoluciones son los medios que Dios ha dado al hombre para ayudarlo en el réjimen del mundo. Fuera de los grandes trabajos del espíritu, no hai sino las debilidades de la materia i los arreboles de un dia!

Franklin no fué Presidente de los Estados Unidos i si lo fueron sus contemporáneos Adams i Jefferson. Sinembargo, cuántos Presidentes de aquella república no cambiarían, con gusto, ese título por el baston de manzano que aquel hijo de un fabricante de velas de Boston, legó al libertador de la Union! Hamilton, a pesar de haber sido “uno de los hombres que mejor conocieron los principios fundamentales i las condiciones vitales del gobierno,” tampoco fué Presidente. ¿I en qué pudo eso perjudicar el mérito de esos varones? En nada. La parte que Franklin tuvo en la independendencia de su patria i los servicios que hizo a aquella gran causa, así como el que “no haya un sólo principio de órden, de fuerza i de duracion en la Constitucion del Norte, que Hamilton no hubiera cooperado, enérgicamente, a introducir i a hacer predominar en ella,” hacen la grandeza respectiva de aquellos dos hombres. Es mejor ser obrero de la civilizacion i númen del progreso, que gozar de una popularidad usurpada, o de un favor oficial injusto.

Turgot no estuvo sino veinte meses al frente de un ministerio en Francia, pero mereció que Voltaire, en los dias supremos de su gloria, le dijese al verlo: “Dejadme besar esta mano, que ha firmado la salvacion del pueblo.” Esas palabras dieron la inmortalidad a Turgot; Luis XVI no pudo darle más que un nombramiento!

En ocasiones, se cree que hai injusticia en tomar como tipo o espresion gráfica de una época, a un hombre sólo; pero no es así. Tambien suele darse a las cordilleras el nombre que lleva la más conspicua de sus eminencias. Respecto de MURILLO, aunque en una escala mui reducida, se puede decir lo que dijo de César un

biógrafo de Ciceron: "Había entre las facciones de Roma no pocos hombres de una regular habilidad práctica, acostumbrados a la vida de los campamentos i a los usos del foro; pero, excepto César, no había ninguno de jenio iniciador, que comprendiese bien los tiempos i lo que ellos requerian. En aquella época crítica, el pueblo romano tenía necesidad de un guia de mui distinto temple i de otra prevision que las que tenían Ciceron i Pompeyo, *administradores realmente idóneos*, pero hombres incapazes de comprender el sentido i de evitar el mal de la revolucion de Sila, revolucion que había truncado los progresos naturales de una *reforma* reclamada por la estension dada a la ciudadanía romana, la cual había quitado las barreras de una Constitucion sin bases, sin razon de existencia, ni de actualidad de costumbres." Pues bien, MURILLO, entre todos los hombres del viejo partido liberal, fué el que comprendió mejor el *sentido* i el *alcance* del triunfo conservador de 1840, i hasta dónde ese triunfo había truncado los progresos de los principios democráticos en Nueva Granada. Fué por eso por lo que se puso a la cabeza de sus amigos políticos para derribar la Constitucion de 1843, sin base de doctrina, sin razon de existencia popular i contraria a las aspiraciones políticas de la sociedad pensadora. Eso fué lo que lo elevó sobre nuestros Cicerones i sobre nuestros Pompeyos, i es por eso que nosotros creemos que resumió la época liberal en que le tocó figurar.

---

Aunque MURILLO poseia las artes seductoras a lo Pericles, mantuvo en el ejercicio del gobierno el mismo entusiasmo por los principios que había ostentado en la

enseñanza doctrinaria i en la oposicion. De ahí, el que en los documentos oficiales tuviera el mismo nervio i el mismo arranque que le dieron siempre la palma entre los periodistas i entre los oradores de la época de nuestra trasformacion republicana. Como innovador, era atrevidísimo; legislador, iba siempre adelante; majistrado, tenia sobre la mesa del despacho las estatuas de la LIBERTAD i de la LEI, dioses penates suyos, i se fortalecia contemplándolas.

Cuando se consumó la primera reforma constitucional — 1858 — todos le oimos decir en la plaza pública: “Siento en este momento, al pisar al fin las tierras prometidas de la libertad, el mismo intenso placer que Colon al pisar las playas vírjenes de América;” i fué cierto que lo dijo con oportunidad i con acierto. MUELLLO, como el navegante jenoves, habia *creído* en ese nuevo mundo político, que tántos otros negaban, i lo habia *buscado* con ahinco. A él tambien se le habia tenido como visionario!

Si hubo un dia en que se le llamó *rojo* i *comunista* i en que se le acusó de *desorganizador* como a O'Connell; ¿quién encontraria hoy, despues de que el grande hombre ha hecho yá toda su jornada, grabados mal sobre su tumba, desde luego humilde, una cadena rota, un banquillo truncado, una Constitucion abierta i una imájen de la federacion sonriendo al que tanto quiso i supo hacer por ella?

¿Habria en eso algo de injusto, algo de exajerado? ¿Habria en eso algo comparable a los ricos trofeos de otras ambiciones, coronadas a impulsos de más pequeños servicios? ¿Qué, habria en ello que pudiera llamarse *personal*? ¿Qué, que no fuera puro, honrado, eminentemente cristiano i exelsamente civil?

Si el doctor MURILLO no fué perfecto, ni vivió esento de faltas, sabido es que todos las cometemos, i que, ni aun en la fábula, los hombres son invulnerables. Con todo, ninguna personalidad superior debe ser delineada fuera de sus propios contornos. Tanto valdria querer dar a la Esfinje los perfiles de Vénus. Lo único razonable es hacer el paralelo de lo bueno i de lo malo, de lo grande i de lo pequeño, de lo cierto i de lo falso que hubo en ellos, i examinar de cuál de los dos lados estuvo la ventaja. Es ilójico buscar en los hombres de alta fortuna i de alta capacidad, las medianas condiciones de conducta en que vivimos el comun de los mortales. Como las esferas de accion de aquellos son mucho más vastas i como sus propósitos son siempre más dilatados, los verdaderos puntos de vista, para examinarlos i para calificarlos, son los de su posicion i de su jenio, i no los de la ordinaria visualidad. No quiere esto decir que se los ponga, en absoluto, fuera de la regla moral comun; pero sí que no se debe exigir a un príncipe la austeridad de un anacoreta, ni a un Byron las aspiraciones de un cretino.

Tál fué, a grandes rasgos, el hombre que no es ya una propiedad de sus contemporáneos sino del olimpo de la historia. En vida no mas fué una figura continental. Solo, pobre i sin otra ayuda que su intelijencia, supo elevarse con denuedo en uno de los campos más peligrosos i más despojados de prestigio: el campo civil. En él, desde la antigüedad más apartada hasta nuestros días, solo se han visto carreras trabajosas, combatidas, emuladas, recomenzadas todos los días, mal comprendidas, i que no dependen, como otras, de un momento de fortuna. En cambio sí, por gracia de las

compensaciones, esas carreras son las de los varones fuertes i las de los apostolados sublimes. Sobre la tumba del doctor MURILLO no vendrá a posarse, como a los piés de Jove, el ave ensangrentada de los combates; pero si hemos de creer en la belleza de las ideas, en la relijion de la doctrina, en el respeto a las leyes, en el amor al pueblo i en la gratitud de los hombres, en lugar de esa ave, emblema de conquistas o de matanzas, sobre la tumba del estadista liberal se detendrán, como las oraciones sobre una ara, dia por dia i hora por hora, los recuerdos de los republicanos i el aplauso de los hombres de pensamiento.

F. PÉREZ.

Bogotá, febrero de 1881.